

**Miguel Ángel Buil Pueyo, *GREGORIO PUEYO (1860-1913),
LIBRERO Y EDITOR* Madrid, CSIC, Instituto de Estudios
Madrileños, Ediciones Doce Calles S.L., 2010**

[Reseña]

A cien años de su muerte, Gregorio Pueyo, librero de baratillo, negociante en saldos, editor de inflamadas letras modernistas y folletines pornográficos, mecenas apurado de la copiosa bohemia madrileña y dueño de un cuartucho donde hacían tertulia hombres de opuesta literatura como Valle y Felipe Trigo, Emilio Carrere y Santos Chocano, Felipe Sassone y Francisco Villaespesa, encuentra un asiento nuevo en el mundo gracias a esta publicación que permite situarlo, por méritos propios, en la historia del libro y de la lectura de principios del siglo XX. Figurar en un portal semejante es vivir con menos popularidad de la que él tuvo cuando abrió librería en el número 10 de la calle de Mesonero Romanos, pero sin duda, con más prestigio. El rescate de Pueyo debiera servir para asegurar definitivamente su presencia en los manuales de literatura que no se conformen con heredar lo sabido y que quieran atender a lo menor que tantas veces explica lo grande. Por ejemplo, el contexto sociocultural en el que se divulgó el Modernismo entre nosotros, sobre todo el de menor rango pero sin cuyo sustrato de dolientes coplas, sus adjetivos hiperbólicos y su catálogo de vidas apasionadas dentro y fuera del papel, no puede calibrarse debidamente la distancia formal que Valle establece en el manejo de los mismos recursos; o la lección de melancólica serenidad que supone el paso de Juan Ramón Jiménez por temas y paisajes que parecían consagrados al suspiro y la interjección a través de la imprenta. A estas derivaciones literarias se pueden añadir algunas otras consecuencias editoriales, quizá menos evidentes, pero de gran valor para los estudios del libro. Editores como Gregorio Pueyo y Bernardo Rodríguez Serra, valedores sobre todo de las plumas más jóvenes del momento, influyeron en la productividad de sus acogidos –y por tanto en las cifras de la industria editorial– al defender la idea de que solo publicando un libro tras otro se harían visibles en el mercado. Con una extraña consideración de su oficio, Rodríguez Serra llegó a juzgar como un mal menor el hecho de que no se vendiera lo publicado (pág. 33). Y aún otro ejemplo de las responsabilidades que un pequeño librero y editor puede tener en la historia literaria: la publicación, en 1906, de la que podemos considerar como la primera antología del Modernismo hispánico, fue una empresa concebida entre Pueyo y Emilio Carrere, que obró de compilador. *La Corte de los Poetas* se convirtió en un libro reconocido, un éxito de ventas y un título que se sostuvo en el tiempo. Gerardo Diego llegó a encarecer su condición de repertorio útil para documentar «uno de los periodos más gloriosos de la lírica española» (pág. 99). Pero junto a poetas que alcanzarían el reconocimiento a uno y otro lado del Atlántico, abundan en la antología nombres hoy olvidados o que cuesta identificar por el implacable motivo de que su inclusión se debió a meros intereses comerciales del editor. Inspirada, en buena medida, por criterios ajenos a la calidad literaria, la *Corte* de Pueyo fue un éxito y sirvió a la fijación de un canon que solo el paso del tiempo habría de contrariar. Hoy sigue siendo útil como panorámica del prestigio poético en España y América apenas iniciado el siglo XX.

A la empresa de propagar el Modernismo, quizá sin más conciencia que la de atender a las necesidades de un pequeño negocio librero sustentado en la urgencia por publicar de una nutrida prole de noveles divididos entre la poesía y el hambre, se añade, en el caso

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XX, 72 (enero-abril, 2014)

de Gregorio Pueyo, otra tendencia editorial que confirma su vocación por el riesgo. Antes de 1910 había creado una «Biblioteca Teosófica» que, bajo la dirección de Enediel Shaiah, seudónimo del pontevedrés Alfredo Rodríguez de Aldao, contribuyó al desarrollo y divulgación en España de una filosofía ecléctica, inspirada por doctrinas idealistas y racionalistas. Uno de los propósitos menos convenientes para la supervivencia de esta escuela en nuestro país preveía la promoción de estudios comparados de las religiones en un intento por reconciliarlas. Mario Roso de Luna, «mortal, teósofo y ateneísta» –la enumeración es suya–, amigo de Pueyo, cuya viuda lo seguiría editando durante varios años, es el autor mejor representado en esta biblioteca «heterodoxa» con entidad propia en el catálogo del librero. Además de novelas, ensayos y un ciclo de conferencias dictadas por Luna en un viaje que lo llevó a América del Sur, la industria de Pueyo acogió de buen grado los ensayos de Julio Lermína, la ficción de la escritora Lionel Dalsace, el espiritismo administrado por los cuentos de Ángeles Vicente y las disquisiciones sobre la hipnosis que, a nombre de Aymerich, publicó el propio Rodríguez de Aldao. Los vínculos entre teosofía y masonería –que invaden incluso ciertas parcelas estéticas del Modernismo en cuyas producciones puede reconocerse el gusto por la terminología arcaica masónica–, no son, desde luego, el primer motivo de la presencia en el catálogo de Pueyo de nombres como Antonio Machado y Eduardo Barriobero –aunque ambos solicitaron en su día la iniciación en una logia–, pero vienen a abundar en las afinidades. La educación de raíz republicana y el librepensamiento –conexiones más directas con los citados– tienen asimismo una presencia notable en el catálogo de Pueyo. El propio librero había encargado a Barriobero la redacción de una novela sobre «un repatriado que se muere de inanición en este cochino país, dominado por los jesuitas» (pág. 137). En 1906, editar un catálogo que acogía este tipo de obras era un atrevimiento que José Nakens supo reconocer desde *El Motín*, a cuento de la publicación de *¡Libertad y a ellos!*: «No lo busquen en las librerías, porque solo hay una en toda España que se atreva a llevar libros de esta casa: La de Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, núm. 10». El espíritu de rebeldía, la confianza en la juventud creadora representada por los «melenudos modernistas», el amparo a la bohemia y las simpatías masónicas que pueden rastrearse en la labor editorial de Pueyo, pudieron también haber pesado en el compromiso del pintor Juan Gris a la hora de diseñar, hacia 1906, el exlibris que sirvió de distintivo a la editorial. Algunas de las cubiertas de los libros publicados por Pueyo se beneficiaron también del arte del pintor, que dejó su marca en otros exlibris del círculo de visitantes habituales de la librería, Dorio de Gádex o los hermanos Machado entre ellos.

Gregorio Pueyo nació en Panticosa el 25 de mayo de 1860 pero su fortuna y sus zozobras le esperaban en Madrid, con los albores del nuevo siglo. Su biografía profesional, la que nos importa, puede ahora reconstruirse gracias al trabajo de Miguel Ángel Buil Pueyo, que ha tenido la generosidad de compartir los frutos de su investigación en diversas bibliotecas y archivos nacionales –quedan declarados en las páginas de «Propósitos y agradecimientos» que preceden al libro–, a los que se suman diversos documentos procedentes del archivo familiar, algunos de ellos inéditos hasta el momento de su incorporación a estas páginas. La publicación del catálogo de la librería de Gregorio Pueyo, admirable por la minuciosidad con la que se refieren noticias relacionadas con no pocos de los títulos, permite ensayar un retrato intelectual del librero al tiempo que reconstruye el ambiente cultural del momento. La abundancia de testimonios de escritores y cronistas de la bohemia recogidos en el libro, los valiosos pasajes que, espigados de fuentes periodísticas y literarias recrean la librería de Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XX, 72 (enero-abril, 2014)

Mesonero Romanos y a su dueño, el testimonio, en fin, de cartas y postales procedentes del archivo familiar hacen de este libro sobre Gregorio Pueyo una crónica de su tiempo editada, además, con gusto y escrita con amenidad.

El trabajo de Miguel Ángel Buil saca a la luz la labor de un hombre que vivió entre sombras y cuya memoria más perdurable apelaba, precisamente, a la condición penumbrosa de una librería. Valle-Inclán la recreó en *Luces de Bohemia* como arquetipo del oscuro reino donde ejercían de soberanos los libreros menos acreditados del gremio. En la cueva de Zaratustra podemos reconocer la tienda de Pueyo y gracias a la inspiración de Valle, conservar un retrato del local y del librero más perenne que la propia realidad:

Rimeros de libros hacen escombros y cubren las paredes. Empapelan los cuatro vidrios de una puerta cuatro cromos espeluznantes de un novelón por entregas. En la cueva hacen tertulia el gato, el loro, el can y el librero. Zaratustra, abichado y giboso –la cara de tocino rancio y la bufanda de verde serpiente–, promueve, con su caracterización de fante, una aguda y dolorosa disonancia muy emotiva y muy moderna. Encogido en el roto pelote de una silla enana, con los pies atrapados y cepones en la tarima del brasero, guarda la tienda. Un ratón saca el hocico intrigante por un agujero.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XX, 72 (enero-abril, 2014)